

Renato Prada Oropeza:

## Las tematizaciones de la Novela histórica “La Saga del Esclavo” de Adolfo Cáceres Romero

*Renato Prada Oropeza (Potosí, 1937. Narrador y ensayista), realiza un análisis exhaustivo de la obra “La Saga del Esclavo” de Adolfo Cáceres Romero. El presente trabajo es un estudio que formará parte del libro que escribe sobre la Novela Histórica y que El Duende publica primitivamente en tres partes.*

(Tercera y última parte)

### 3.2. LA REDENCIÓN HUMANA DEL DOLOR Y EL PECADO: LA DIÉGESIS FICTICIA

Ya dijimos que esta diégesis paralela a la que noveliza los hechos históricos puede ser dividida en dos. La que relata la “saga” del esclavo, el zambo Federico y la que nos narra la historia de Isabel, para nombrarla con sus señas completas: María Isabel Cienfuentes y Orgaz, la desventurada hija del Maestro don Benito Cienfuegos.

Si bien la novela emplea con un admirable despliegue discursivo en el cual se entrecruzan las dos diégesis principales de la novela –muchas veces el entrecruzamiento se da en un mismo párrafo, aunque la maestría del manejo de los dos planos es tal que no da pie a ninguna confusión. A esta complejidad se añade el empleo de una técnica impecable en los planos temporales de la historia del zambo: empieza por relatar su asistencia al acontecimiento histórico-político de la proclama de Castelli, después de haber participado en el brutal acto de agresión a su amo con otros dos cómplices: Mariano Ventura y Juan de Altamirano, con el fin de robar la tienda del Maestro. El zambo se halla en un estado de tensión nerviosa extrema, pues tiene la certeza de que el Maestro sufre una dolorosa agonía. Llevado por la piedad y el amor que siente todavía hacia su amo moribundo, “en medio de ese estrípito de miedo y alborozo –miedo de los vecinos (habitantes de la ciudad) y alborozo de los soldados–, el zambo Francisco decidió volver a la casa de su amo, el Maestro, para ulularlo si aún seguía con vida” (1: 21). Es aprehendido por las todavía autoridades monárquicas. Junto a sus dos cómplices, y en el Interrogatorio irrumpen en un arranque de arrepentimiento, y declara que sólo lo mató para terminar con sus sufrimientos por las terribles heridas que le infiligraron sus cómplices. Los tres son condenados, pero en el siguiente capítulo, que corresponde a 15 días después, nos sorprendemos al seguir el relato de los afanes del padre Aldana que los que serán ejecutados son tres personalidades sobresalientes del antiguo régimen, pues se produjo el relevo de las autoridades judiciales, y los tres malhechores se hallan ahora integrando el cuerpo del ejército libertador.

La “saga” (1) del zambo, quien irónicamente había sido declarado libre por su amo, al cual debía además el saber leer y el haber gustado de las manifestaciones poéticas más exquisitas del Siglo de Oro español, como son los poemas de Fray Luis de León, tiene como un hipertexto (el texto que tematiza anteriormente en la literatura Occidental ofreciendo algunos códigos característicos a los cuales de una u otra manera se remonta el lector competente) a Crimen y castigo, pues el zambo se halla realmente arrepentido de su acción violenta contra la vida de su amo, y toma como su tarea redimirse realmente –además de haber sido absuelto por el padre Aldana–, razón por la cual se enrola al ejército, donde sigue las enseñanzas del piadoso y ejemplar cura. Luego de la muerte del padre Aldana, intenta ingresar en la orden de los franciscanos, y aunque no lo hace por decisión propia (2) vive una vida religiosa intensa y, finalmente reencuentra al gran amor de toda su vida, la mulata Eudolinda.

Sin embargo, desde el punto de vista de la configuración de los personajes y espacios, así como la intensidad del relato, la diégesis de Isabel es mucho más rica y dramática. Pues desde su inicio, en la página 66, domina en el contrapunto con respecto a la diégesis factual. La configuración de Isabel como una mujer, si bien dotada de una fuerte voluntad de resistencia y lucha, como un personaje complejo, es ejemplar y resalta sobre todos los otros personajes de la novela. El relato que emplea con el enfrentamiento ante Castelli y su tensa y desesperada odisea que le lleva, acompañada de tres jóvenes y fieles servidores (dos muchachos y la mulata Eudolinda, la mujer amada por el zambo Francisco), se convierte en una larga y desesperada travesía en medio de un paraje desértico, frío, desolado y adverso. Sin duda, los capítulos breves y cortados, intercalados con la diégesis factual, constituyen los momentos más eficaces en el dominio del lenguaje narrativo, sobre todo la espantosa noche en que son amenazados por dos feroces canes, Gory y Castalla, convertidos en verdaderos depredadores, es realmente magistral. La tensión dramática se mantiene hasta la página 184, cuando la pobre mujer, cuyos bienes fueron incautados por el ejército porteño, es acogida en la casa de su cuñado Juvenal, por la servidumbre de éste. Luego llega su esposo de su viaje a Buenos Aires, nace su primogénito y, finalmente, con el triunfo de las tropas de Goyeneche y la restauración del poder del Imperio español, logra, paradójicamente, que se le haga justicia.

### 3.4. ENTRE SUPACHA Y GUAQUI, RADIOGRAFÍA DE UNA DERROTA: LA DIÉGESIS FACTUAL

Como ya vimos en 3.1. la historia real integra, bajo las modificaciones impuestas por la ficcionalización, el enfrentamiento de la causa libertaria, encarnada por las tropas auxiliares del Río de la Plata, cuyo personaje central hasta muy avanzada la historia –prácticamente hasta la emblemática derrota que sufrirá frente a las tropas realistas encabezadas por el sanguinario Goyeneche– es el doctor Castelli. Integra declimos la



contraposición de dos programas narrativos. Al primer programa narrativo de liberación se le opone el antiprograma de las fuerzas monárquicas. Aunque, y aquí radica uno de los méritos de la novela, las cosas no se presentan de manera tan simple, tan maniquea: como aliados del antiprograma se presentan los factores de desorden, caos y la indisciplina de las tropas auxiliares, por una parte, y por otra, la calidad de muchos de sus militares, algunos de los cuales fueron mercenarios: hombres sin escrúpulos, ladrones, violadores y asesinos. Los personajes más notorios entre estos últimos son los dos facinerosos Juan de Altamirano y Mariano Ventura, dos hombres típicamente protérgos, desde el inicio al final de la novela, sin ninguna remisión.

La narración nos conduce desde el triunfo de Supacha, por el ejército porteño auxiliar a su derrota en Guáqui, terminando con la disolución militar y moral de los hombres que podían jugar, al menos, un papel más digno en nuestra larga alborada independentista. Si bien, de la batalla triunfal

sólo sabemos por la connociación que implica su entrada en la Villa Imperial, su avance hacia La Paz, donde son recibidos con grandes honores ofrecidos por el primo del general Goyeneche que se apresura a dar el zarpazo mortal a los hombres de Castelli, mientras éste, con la frivolidad y la vanagloria que le caracterizan, cae en los enredos del Gobernador de La Paz destinados a distraer su atención que debería centrarse sobre todo en la continuación de la campaña militar y no en el jolgorio y la buena vida. La batalla de Guáqui es relatada con un contrapunto excelente entre el frío y acertado cálculo de Goyeneche y la falta de una estrategia definida y contundente de los patriotas del Río de la Plata. La disolución militar y, sobre todo moral, ocupa al narrador de una manera más amplia y, podríamos decir, programática: emergen los generales y comandantes militares tales como Francisco de Rivero y el general Balcárcel, pero sobre todo la reacción del pueblo potosino que se rebela contra los crímenes y atropellos de la banda de Juan de Altamirano y Mariano Ventura, quienes al pretender violar a la mulata Eudolinda, encienden la chispa de la insurrección, la cual termina en una masacre al pueblo y un repliegue a sus cuarteles de lo que pudíramos llamar los residuos del ejército auxiliar.

Los límites de este ensayo, señalados en la introducción, no nos permiten entrar en toda la riqueza de esta excelente novela histórica, pues es tan compleja como amplia, sin embargo, no queremos dejar de señalar uno de sus aciertos narrativos –del cual, lamentablemente, el narrador implícito no saca mayor provecho: la emergencia de un factor metadiscursivo cuando el discurso narra el atropello brutal al pueblo potosino hecho por la banda de Juan de Altamirano, que es secundado por la tropa libertaria, y que desencadena en una masacre y en una revuelta popular es relatada por un cronista, el cual emerge en el discurso como actor, reflexiona sobre su escritura y actúa sobre ella. Este momento es realmente de una maestría narrativa innegable y nos lleva a cerrar este breve análisis hermenéutico manifestando algo que desde Nietzsche sabemos que son nuestros discursos: Interpretaciones de una interpretación, apenas eso. Nada más que eso.

(1) Nuestras comillas quieren denotar que aquí el término /saga/ no corresponde a las dos acepciones ofrecidas por el Diccionario de la Real Academia, sino a una más amplia que se confundiría con relato, narración o “historia” novelada sobre la vida –andanzas y desandanzas– del zambo Francisco; aunque como vimos, ésta es una de las componentes de un discurso mucho más amplio en cuanto comprende otras tres diégesis que de alguna manera se relacionan con ella. Además, el final de la novela abre la posibilidad a continuar con la historia: “Al paso de los días los potosinos que se lamentaban por la expoliación que habían sufrido, recibieron la noticia de que los porteños preparaban una nueva expedición con destino a la villa, al mando del general Manuel Belgrano”. y, de este modo, /saga/ puede adquirir el significado de una serie novelada.

(2) El capítulo que relata la noche en que el zambo Francisco se pasa en vela meditando La regla de San Benito, sus rígidas exigencias de renuncia al mundo por una vida absorta en la contemplación, esa noche es semejante a la que tematiza el poeta místico San Juan de la Cruz aunque su desenlace es diferente: el zambo rechaza la vida contemplativa como la que representa la auténtica vida religiosa, al menos en cuanto sigue el modelo ofrecido por Jesucristo quien no pide el aislamiento sino el compromiso en el mundo. Por ello, el zambo volverá a emerger en la secuencia, curiosamente situada antes de la masacre realizada el 5 de agosto en la Villa Imperial y a la cual asistimos luego, formando parte de un grupo de cristianos carismáticos, guiados por el hermano Molés.

Fin